

Raíces anímico-corporales de algunas formaciones religiosas

Jorge Belinsky
Psicoanalista

RESUMEN: Para Freud, el asesinato del padre está en el origen de las organizaciones sociales, las limitaciones éticas y la religión. Lo que a nosotros nos interesa, ante todo, es que en ese acto mítico se cifran, tanto los acontecimientos remotos de la prehistoria, como las claves de la historicidad naciente y las diferentes posibilidades de sus posteriores desarrollos.

SOMMAIRE: Pour Freud, l'assassinat du père est à l'origine des organisations sociales, les limitations éthiques et la religion. Ce qui nous intéresse, d'avance, c'est que sur cet acte mythique sont fondés et les événements préhistoriques et les clefs de l'histoire naissante, ainsi que les différentes possibilités de développements ultérieurs.

Seguramente, muchos de los lectores recordarán el memorable final de *Totem y tabú*, con su homenaje a Goethe: «En el comienzo fue la acción». ¿Pero de qué acción se trata?

Ni más ni menos que del asesinato del padre originario a manos de la horda primitiva; eso que en el «argot» del psicoanálisis se conoce como el acto fundador. Estamos ante el gran mito freudiano concerniente al origen del individuo y la cultura. La estructura narrativa de ese mito, en el cual Freud construye o reconstruye una suerte de escenario primordial, es densa y breve. Corresponde, ante todo, recordar sus secuencias principales:

El viejo padre, violento y celoso, castraba y expulsaba de la horda a los hijos varones, impidiéndoles así el disfrute de las mujeres y condenándolos al exilio y a la miseria sexual.

Un día, los hermanos expulsados se rebelaron contra el padre; unidos se atrevieron a llevar a cabo lo que individualmente les habría sido imposible: matarlo y devorarlo.

Enfrentados a la temible posibilidad de la lucha de todos contra todos, los hermanos reemplazaron la horda paterna por el clan fraternal. Renunciaron a la endogamia y a la violencia criminal, y se unieron en la culpa compartida y en el lazo de sangre.

La ambivalencia domina, desde el principio, la relación de la horda con el padre. Muerto éste, y satisfecho el odio, el amor que le tenían, junto a la culpa naciente, determinan el último acto del mito: la restitución del padre en sucesivas figuras de creciente poder y no menos creciente lejanía, hasta que, en la última etapa, el movimiento se invierte.

Para Freud, el asesinato del padre está en el origen de las organizaciones sociales, las limitaciones éticas y la religión. Lo que a nosotros nos interesa, ante todo, es que en ese acto mítico se cifran, tanto los acontecimientos remotos de la prehistoria, como las claves de la historicidad naciente y las diferentes posibilidades de sus ulteriores desarrollos. Correlativamente, el mito freudiano corresponde al desciframiento, es decir, a la puesta plena en palabras, de lo que antes se dio en el puro registro de la acción.

Como hemos visto, son ese mito y sus posibilidades los que dan lugar al despliegue de las grandes construcciones culturales, y de éstas, las más importantes, para Freud, son las religiosas.

Si combinamos algunas propuestas de *Totem y tabú* con otras de obras freudianas ulteriores, en especial de *Psicología de las masas* y de *Moisés y la religión monoteísta*, podremos reconstruir el orden propuesto por Freud para el surgimiento de las diferentes formas religiosas; un orden cuya principal característica es la *reducción*¹ a un mito.

En primer lugar, el totemismo, donde la figura paterna aparece al principio envuelta en el velo del animal totémico, y a continuación va siendo paulatinamente humanizada. Después, la aparición de las grandes deidades maternas. Luego el surgimiento de divinidades masculinas; primero como hijos varones junto a la Gran Madre, más adelante como figuras paternas nítidas pero múltiples y compitiendo entre sí (politeísmo). El paso siguiente conduce al Dios-Padre único, que gobierna sin limitación alguna (monoteísmos egipcio y judío). Por último, el cristianismo, la religión del Hijo devenido Dios: junto al Padre, pero también en lugar del Padre.

Lo que está enunciado claramente en el dispositivo teórico freudiano, es que cada una de las formas religiosas reprime la expresión de la totalidad del escenario primordial, y, al mismo tiempo, es un retorno de un aspecto parcial (es decir, de una secuencia) de éste. Así, cada forma religiosa es ya un desciframiento parcial del escenario primordial (y también, naturalmente, un síntoma de ese escenario). Gracias a estos desciframientos parciales y previos, puede el psicoanálisis descifrar totalmente (o, si se prefiere, reconstruir) dicho escenario.

Si tomamos la clásica distinción lingüística de Jakobson, podemos decir que cada religión mantiene con el escenario primordial una relación metonímica (de contigüidad). El mito científico de Freud, en cambio, resulta una metáfora de ese escenario, o, lo que es lo mismo, mantiene con el acto fundador una relación de semejanza, equivalencia o analogía; transforma la acción pura del comienzo en palabra final y definitiva.

¹ He destacado el término 'reducción' deliberadamente, porque es uno de los blancos preferidos de las críticas al psicoanálisis. Ante ello, cabe hacer dos consideraciones. En primer término, ningún abordaje de los procesos culturales que pretenda ir más allá de un nivel puramente descriptivo puede evitar, en un momento u otro, apelar a procedimientos reductivos. Pero, segunda consideración, sea cual sea la reducción, ésta debe ser complementada con la correspondiente expansión; que es, precisamente, lo que Freud hace, tanto en lo tocante a la sexualidad, como en lo que concierne a su mito de *Totem y tabú*. Dicho en otros términos, las grandes construcciones religiosas no son reducidas al mito del asesinato del padre, sino que éste es expandido hasta abarcar el conjunto de esas construcciones.

Vistas las cosas de este modo, ¿no sería así el psicoanálisis la última gran religión? Dejemos, por el momento, el interrogante abierto. Hasta aquí he trabajado con una de las ideas centrales de *Totem y tabú*: las grandes construcciones religiosas resultan de la proyección de procesos endopsíquicos, y éstos se fundan en movimientos pulsionales. Para Freud, la pulsión es un concepto límite entre lo psíquico y lo somático, y representa, por consiguiente, la magnitud de trabajo que este último –entendido como cuerpo real e imaginario– le impone al aparato del alma. Al mismo tiempo, la pulsión es el nexo de conexión entre el campo de alteridad en el cual el individuo se constituye (cuerpo sociocultural) y el individuo mismo; es decir, aquello que transforma la exigencia externa en imperativo interior.

Acorde con lo anterior, puede establecerse una línea que va de esa doble corporeidad al aparato anímico, y de éste a las diferentes construcciones religiosas; una línea cuyos términos mantienen entre sí relaciones de contigüidad. De este modo, se justifica el título de esta exposición sobre el eje metonímico de la clasificación de Jakobson.

Corresponde ahora justificar ese título sobre el eje metafórico. Para ello vamos a apoyarnos en dos citas, una de *Psicología de las masas*, y la otra de *Moisés y la religión monoteísta*, porque en esos textos, no sólo se abordan las consecuencias del asesinato del padre, sino también el carácter repetitivo de ese asesinato y, sobre todo, el estado de cosas que lo precedió y lo hizo posible.

1921: «El padre originario de la horda no era todavía inmortal, como pasó a serlo más tarde por divinización. Cuando moría debía ser sustituido, lo reemplazaba probablemente un hijo más joven que hasta entonces había sido individuo-masa como los demás»².

1939: «El acontecer histórico será narrado en una condensación grandiosa, como si hubiera sucedido de un golpe lo que en realidad ha demandado milenios y en esa larga época se ha repetido innumerables veces»³.

Si ponemos en conexión estos fragmentos con *Totem y tabú*, puede decirse que antes del asesinato del padre, existían dos tipos de relaciones: primero, aquellas que vinculaban al padre con la horda, incluyendo en ésta a las mujeres (madres, hijas y hermanas); segundo, aquellas que vinculaban exclusivamente al padre con el sucesor (el hijo menor, el preferido de la madre).

En cierto sentido, quedan así delimitados *dos cuerpos imaginarios*: el de la reproducción y el de la sucesión; este último, que garantiza la permanencia de la figura del padre originario con los atributos que Freud le asigna en el mito de *Totem*

² Sigmund Freud, *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921), traducción de José L. Etcheverry, O. C., XVIII, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976, p. 118.

³ Sigmund Freud, *Moisés y la religión monoteísta* (1930), traducción de José L. Etcheverry, O. C., XXIII, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976, p. 78.

y *tabú*, es lo que podríamos denominar *cuerpo de la paternidad pura*. El padre originario forma parte de los dos cuerpos y es, al mismo tiempo, cabeza de ambos.

Con el asesinato del padre y su ulterior devoración, no sólo muere éste. Muere también el orden sucesorio de la paternidad pura, y todo el conjunto de relaciones que ambas corporeidades determinan sufre un profundo reordenamiento en función del *lugar vacío* dejado por la desaparición del padre originario. Este reordenamiento surge de una doble necesidad: por un lado, la de garantizar el nuevo orden (el de la liga de hermanos); por otro, la de recuperar la figura del viejo padre añorado y perdido.

Las líneas rectoras de ese doble reordenamiento son de naturaleza esencialmente limitativa: por una parte, veneración del totem (que incluye la prohibición de hacerle daño o matarlo) y exogamia; por otra, igualdad de derechos para todos los miembros de la liga de hermanos. Freud destaca que las dos primeras prohibiciones van en el sentido del padre eliminado, puesto que prolongan su voluntad; el tercer mandamiento, en cambio, prescinde del padre, ya que se justifica por invocación de la necesidad de dotar de permanencia al orden nuevo, nacido, precisamente, tras la eliminación de aquél.

La añoranza del padre originario (venerado ahora con más fuerza de lo que nunca lo fue en vida) determina el surgimiento de las diferentes formas religiosas. Pero no sólo la añoranza del padre, también la del orden sucesorio, es decir, de la paternidad pura. En este sentido, se entiende que, para Freud, el movimiento culmine con la emergencia del cristianismo, y que éste represente, desde la perspectiva del retorno de lo reprimido, un progreso; aunque desde la perspectiva del alejamiento creciente de la figura paterna, signifique, a la vez, una regresión (siempre hay un «a la vez» en Freud.) Hasta aquí el análisis de los textos freudianos.

En su clásico estudio de 1957, Ernst Kantorowicz⁴ sostiene que «la doctrina de los *Dos Cuerpos del Rey* es una rama del pensamiento político cristiano y, en consecuencia, debe ser tenida como un hito de la teología política cristiana»⁵; para él, la imagen del cuerpo del rey, como cuerpo doble, a la vez mortal e inmortal, individual y colectivo, se moldeó, ante todo, en la imagen de Cristo. ¿Y no hay una sugestiva semejanza entre lo que Kantorowicz afirma y el «estado de cosas» mítico que precede al asesinato del padre, tal como éste se desprende de la reconstrucción de los textos freudianos?

En cuanto a las consecuencias simbólicas y culturales (y por ende religiosas) de ese asesinato, voy a utilizar ciertas sugerencias que encuentro en el análisis que el historiador Claude Lefort dedica al surgimiento de la democracia y sus

⁴ Ernst Kantorowicz. *Los dos cuerpos del rey* (1957), traducción de Susana Aikin Araluce y Rafael Blázquez Godoy, Alianza Editorial, Madrid, 1985.

⁵ *Op. cit.*, p. 471.